

Obras de Henriette Petit



- Retratos**
- 1 Mi hermana Martha
 - 2 Eulalia
 - 3 Martha
 - 4 Inés
 - 5 Eliana
 - 6 Rosa
 - 7 Lolita
 - 8 Lolita
 - 9 Irene
 - 10 Irene
 - 11 Irene
 - 12 Raquelita

- Desnudos**
- 13 Desnudo
 - 14 Irene desnuda
 - 15 Dos figuras
 - 16 La modelo
 - 17 Otra modelo

- Naturalezas**
- 18 Virgen bretona
 - 19 Biscuit champagne
 - 20 Botella
 - 21 Tulipas
 - 22 Rosas
 - 23 Violeta Parma
 - 24 Cacharro y manzanas

- Paisajes**
- 25 Puente a los sauces
 - 26 La loma de la viuda
 - 27 Apunte en la nieve, San José
 - 28 Apunte en la calle Montolín
 - 29 Croquis en la playa
 - 30 Croquis de Rosita
 - 31 Flores
 - 32 Cabeza de niño

Martes 11 de Julio de 1967



SALA DE EXPOSICION
UNIVERSIDAD DE CHILE

Imp. Mueller

Obras de Henriette Petit



Henriette

PETIT, extrañamente, ha pintado muy pocos cuadros y no ha hecho hasta ahora ninguna exposición individual. Habría que penetrar en los secretos de su personalidad tan singular para hallar los motivos de su silencio, uno de los más enigmáticos en nuestra plástica. Discípula de Juan Francisco González, su pintura se orienta hacia formas bien distintas del cromatismo del maestro.

No alcanza a definirla su alzada de monumentalidad casi escultórica, impuesta a la vez por su naturaleza y por su contacto de muchos años con grandes artistas franceses, entre ellos Bourdelle, que la eligió como modelo para varias de sus obras, que seguían la línea de la construcción espacial en el volumen plástico.

Sin embargo, el tenso dramatismo de sus telas procede de fuentes más hondas que las influencias externas, por mucho que puedan haberla seducido sus maestros. Ella somete expresivamente al color con sus sordas entonaciones, a un lirismo atormentado que usa como tema central a la figura femenina y su atmósfera. Forma y expresión se conciertan en profundidad en el gesto desolado del cuerpo desnudo, en las draperías abandonadas, en la luz desierta.

La penetración anímica da valor al personaje y lo transforma en criatura plástica cuyo patetismo depende tanto de lo visible como de sus aureolas ocultas. Los verdes se resumen en gris, el rubor en ceniza. Estas mujeres se nos aparecen como las protagonistas



de un drama apenas esbozado, que hubiera exigido una continuación tan cumplida como la de un Gauguin. Se presiente que la riqueza interior no alcanzó a desbordarse de su cuenca entrecerrada y que nos quedaremos deseando más, más exploración apasionada en la sordidez penerosa de estos espacios ahogados.

Tal como es, independientemente de tiempos y números, la pintura de Henriette Petit marca una de las mayores alturas de nuestras artes plásticas en este siglo. Tan poderosa mirada fijó sus límites en señales inconfundibles de trazar tan fuertes como misteriosos, para hacer al mismo tiempo soñar con la realidad y tocar la carnadura de lo imaginario.

Luis Oyarzún